

Apariencia de: MARCELO QUIROGA SANTA CRUZ



Decidí entrevistar a un hombre joven. Me fijé en el cartel de la plaza y en él estaba como primera figura y por toda la temporada una versión boliviana y política de "El Cordobés": Marcelo Quiroga Santa Cruz.

Entre el fenómeno taurino del joven diestro español y el fenómeno político del joven matador boliviano hallé un parecido. Diestros ambos, de carrera meteórica y discutidos hasta la exasperación. Para los amigos de El Cordobés, éste es el mejor torero de la actualidad; para los otros, es un niño majo que "no sabe ná de toros". Para los amigos de Marcelo Quiroga, éste es un brillante parlamentario y la figura política del momento; para los otros, es un niño majo que "no sabe ná de política".

Busqué al diestro, no en la Plaza de Toros (en este caso, la Cámara de Diputados) sino en su residencia. Cuando llegué, él aún estaba fuera, debatiendo en la Constituyente si el Estado reconocía a la Religión Católica como oficial.

Me recibió "Pierrot". ¿Quién es Pierrot...? Un French poodle, o como le llaman popularmente en Francia un "caniche", que es el perro chapi nacido en París.

Una casa regia. Buen gusto en todos los detalles. Retratos de María Soledad y de Pablo Rodrigo, hijos de Marcelo y Cristina Trigo, su esposa, pintados por esa maravillosa artista que tienen los niños y que se llama Agnes.

Después de unos minutos de espera llegó el entrevistado. Tiene la cara de un príncipe junior. Podría ser un Simón Bolívar, si Marcelo Quiroga no fuera tan grave. Bolívar vivió la vida y su obra mucho más levemente que este joven diputado por Cochabamba.

Su perfil tiene también un parecido con Cocteau, cosa que no le disgusta a Marcelo. Su aspecto general ya no se usa. Frente amplia, con entradas. Cabello fino y alborotado pidiendo a gritos dos patillas para dar fisonomía completa de príncipe a este señor que en su vida anterior debió de ser Granadero, Mirada dormida del novelista Marcelo Quiroga, Mirada penetrante del político Marcelo Quiroga. Nariz aguileña. Labios algo gruesos. Amplo mentón. Rostro rectangular. Cara difícil.

Marcelo Quiroga Santa Cruz nació en Cochabamba el 13 de marzo de 1931. 13-3-31 que es cifra capicúa y trae suerte.

¿Consideras una suerte haber nacido en Cochabamba...?

- Sí, lo es. Siento ternura por Cochabamba, allí viví de niño.

¿Fuiste niño alguna vez...?

- Fui un niño demasiado consciente, ya era viejo cuando era niño, y ahora en mi madurez, siento que voy dando alcance a ese mismo viejo.

Marcelo Quiroga es hijo del Sr. José Antonio Quiroga Ch. y de la Sra. Elena Santa Cruz.

¿Fue tu padre alto empleado de la Empresa Patiño...?

- Fue Gerente de la Patiño hasta 1951.

Si alguien te dijera que eres de la pura "trotsca", ¿qué le responderías...?

Marcelo Quiroga me mira, luego mira a izquierda y a derecha, mete una mano en el bolsillo del pantalón y el pulgar de la otra en el sitio donde el chaleco perdió la manga y dice: "La 'trotsca' es una forma de apellido político infamante y merecido para todas aquellas personas que desde su actividad sirvieron intereses opuestos a los del país; bajo esta definición fui ni soy merecedor a ese apellido político...".

Marcelo dejó Cochabamba a los 9 años de edad y vino para La Paz y luego se marchó a Santiago de Chile. Allí vivió muchos años.

Es en Santiago donde Marcelo Quiroga empieza a preguntarse qué es lo que quiere. Allí hace de bodeguero, incursiona en escenografía, ensaya escultura, escribe para teatro, pone a prueba su poesía, estudia Derecho, cursa Filosofía y Letras y por último se casa con una chica tarifeña. En medio de ese ajeteo intenso, de esa búsqueda entusiasta y angustiosa a la vez, Marcelo Quiroga definió su personalidad. Una extraña personalidad que tratará de imponer luego en un quehacer siempre cambiante. Fue en Santiago donde se sintió tentado por el marxismo: "habituaba un mundo injusto y creí ver en el marxismo un medio de transformación social para lograr un mundo distinto, mas entonces conocí también la doctrina de la democracia cristiana y acepté intelectualmente su mensaje, lo abracé con plena y sincera convicción; sin embargo nunca milité en ningún Partido Político...".

De Chile trae el testimonio de su romanticismo, son unos poemas que él titula "Un arlequín se está muriendo" y lo mata. Archiva los poemas porque no le parecen suficientemente buenos. Comienza a desmenujar el Marcelo Quiroga precioso, perfeccionista. Aquel que quiere "siete" en todo y que no perdonará en sí mismo ninguna nota regular.

De pronto, apareció una novela en los escaparates. "Los deshabitados". Una rara novela boliviana que huye de los márgenes del



folklorismo y del paisajismo. Un libro extraño para Bolivia. "¿Cómo ha sido escrito? - se pregunta él mismo - y se contesta: Como no debe escribirse nunca un libro: es casi una secreción...".

Marcelo confiesa que ya antes se sentía escritor y que él necesitaba demostrar que eso era verdad y que era un buen novelista; por lo mismo, cada frase y cada pensamiento tenían que salir redondos, perfectos. Mucha gente no entendió la novela. Sin embargo, no podía haber escrito una novela que no sacara "siete"; por ello, en su escritorio hay un diploma que dice:

The William Faulkner Foundation
Certificate of Merit for
a Notable Novel to
MARCELO QUIROGA SANTA CRUZ
for the distinguished book
LOS DESHABITADOS
Ibero-American Novel Award
1962

Por PAULOVICH

LOS VIENTOS AÑOS

Por RAUL BOTELHO GOSALVEZ

Jaraneando junto al picotear de los charangos y el lamento de las guitarras, entre HUAYÑOS y KALUYOS de la más pura vertiente popular.

A pesar de eso Simón Rojas no era feliz en el valle y bebía torrentes de chicha. Ya ebrio, maldecía a las minas y juraba que nunca debía haber dejado esta tierra. "Aquí está la paz, está la alegría, está la tierra generosa... Allí en cambio, pura poquería, frío y sufrimiento, hermanitos".

Pasada la borrachera, la segunda naturaleza del minero recobraba su imperio. El sólo estaba de visita al valle que nunca había olvidado -afirmaba-, pero su tierra no estaba aquí arriba, sino allá abajo, entre las rocas mordidas por los barrenos y trizadas por la dinamita.

¿Qué vamos a hacer, compañeros? Se dice minero como se dice cantor... ¡Qué caray! Uno revienta de todas maneras.

En la chichería Martiriano había tomado para sí la tarea de llevar y traer jaras de chicha que pedían los parroquianos. Cómplice voluntario de la chichería doña Encarnación, sabía agregar una conveniente dosis de agua en la chicha destinada a aquellos que estaban demasiado ebrios para notar, cargaba un poco más las cuentas y, en fin, conocía su oficio de mesero a satisfacción de la patrona. La presencia del minero

Simón Rojas, que desde su llegada a Sacaca no faltaba un día, le llamó, pues, poderosamente la atención. Mas con él no se atrevía a cometer engaños. Llegaba el minero a las cinco de la tarde en compañía de algunos vagos del pueblo, de esos que nunca faltan cuando se trata de beber por cuenta ajena y pulsar la guitarra o el charango, y trasegaba con ellos varias jaras del amarillento fermentado del maíz. Al principio hablaba poco, pero después el alcohol le desataba la lengua y contaba cosas de las minas, extrañas historias en que el diablo asumía una absorbente personalidad. En efecto, el diablo era el señor de las minas porque Dios no llegaba hasta aquellos oscuros rincones de sombra sepultada. El diablo todopoderoso, invisible e intangible, esperaba ubicuo a los mineros en su sombrío reino semejante al infierno. Unas veces era generoso y ponía al alcance de sus elegidos un ancho filón de mineral capaz de volver ricos a aquellos desarraigados saqueadores del subsuelo si lo que sacaban a la superficie les hubiese pertenecido y no fuese de lejanos y desconocidos magnates que vivían en Europa con los residuos de esa aristocracia venida a menos, pero siempre dispuesta a dar unas pintas de sangre azul a cambio de un puñado de dólares. Otras veces el diablo, por el contrario,

dejaba caer sobre sus cabezas, apenas resguardadas por el liviano casco "guardatojos", toneladas de roca que los aplastaban. El diablo estaba, pues, en todas partes y exigía que le reverenciaran y ofrecieran donativos. Los mineros dejaban en los rincones comida, alcohol, coca, para que el diablo aprochechase esos presentes. También estaba la "Viuda", espectral y enlutada mujer que, de súbito, aparecía en cualquier oscuro meandro de los socavones. Con ademanes obscenos, llamaba a los mineros, invitándolos al placer; algún incauto decidía seguirla, pero se perdía, extraviado en el dedalo de callejones. Cuando lo hallaban, había perdido la razón, cuando no la existencia misma al caer en algún profundo pozo, extinguida su vida como la llama de su lámpara de carburo. También había extrañas voces que a veces salían de lo profundo de las rocas, gorgorileos cristalinos, huradas salmodias, palabras incomprensibles de un idioma mágico. Era el llamado de los metales para que los sacasen de su prisión geológica. No faltaban mineros que, por su cuenta, perforaban en aquel sitio y lo que venía después que el tiro de dinamita abría una brecha en la densidad de la corteza roquiza, era una violenta sugerencia de agua caliente o helada de las innumerables venas líquidas que atraviesan la montaña, inundando la galería.

Estas y otras fantásticas historias de mineros eran admiración de Martiriano. Le exaltaban y desvelaban cuando el Rojas y sus amigos se habían marchado a medianoche, y él cerraba la chichería. En Simón Rojas le gustaba ese empaque singular de hombre seguro de sí mismo, la generosidad casi manifiesta con que le alargaba propinas; pero lo que le ganó, en definitiva, el afecto por el minero, fue el gesto paternal que tuvo con él.

-Oye chico -le había dicho-, ¿por qué andas toda la vida sin zapatos? Ya eres bastante crecido para tenerlos.

-Es que soy muy pobre, don Simón -había respondido.

El minero, como si en el fondo de su memoria sintiese que revivía un mal recuerdo, hizo una mueca; y luego contó con parsimonia un manojo de billetes y los puso en el bolsillo de Martiriano.



R. Botelho Gosalvez

-Di a tus padres que te compren zapatos. Te los regala el minero Simón Rojas.

Sólo tengo madre, señor. A mi padre lo mataron en el Chaco -contestó Simón Rojas, por el momento quedó silencioso; luego atrajo hacia su fornido pecho la cabeza del muchacho, apretándola como para protegerla, mientras decía:

-Martiriano: la vida es madre para unos pocos, para la mayoría sólo es madre para la mayoría. Para ti y para mí parece que así ha sido. Estamos, pues, en las mismas filas. ¡Chóquela, compañero! Y le tomó una mano entre sus grandes, fuertes y generosas manos de demolidor de rocas.

Después de este episodio no volvió a saber más del minero. Alguien dijo que había partido de regreso a las minas. Martiriano quedó triste, como si en verdad hubiese perdido a un padre. El recuerdo del minero Simón Rojas contribuyó a fortalecer su decisión de ir a las minas a ganarse la vida. La chichería era un mugriento tabuco, rufesno como toda casa de mala vida, donde la gente llegaba para embriagarse hasta vomitar y la lujuria se enhestaba para engendrar hijos anormales de los rústicos campesinos que iban a dejar lo poco que tenían, en las manos siempre rampantes de doña Encarnación. Eso no era para él ni para nadie que buscara un porvenir.

Sabasta, envejecida por los sufrimientos y la pobreza, había caído en

(Pasa a la pág. 4)

LA GUERRA DEL CHACO dejó miseria en los más y riqueza para unos cuantos.

En el país abundaban viudas y huérfanos. Como no fue una guerra del pueblo, sino de media docena de políticos avaros por pasar a la historia montados en un Babieca bélico, de militares que anhelaban poner en práctica sus teorías de táctica y estrategia; como la mayoría engordó en los escritorios de retaguardia; de compañías petroleras internacionales que esperaban extraer aceite mineral debajo de los campos de batalla empapados en sangre de nativos bolivianos y paraguayos; de funcionarios que lucraban con el hambre y la vergüenza del país, al llegar al armisticio en 1935, la desmovilización fue deliberadamente retardada por los políticos críollos.

Si, según en forma gráfica había dicho un crítico, "la movilización militar fue hecha con cuentagotas", la desmovilización no fue menos copiosa, por temor a las conexiones sociales que podían provocar los licenciados de las trincheras.

Los ex-combatientes del Chaco volvieron a sus habituales tareas de tiempos de paz, pero algo andaba mal en las cosas, la maquinaria no ajustaba como quería el Gobierno y el fermento de la rebelión hinchaba de impaciencia el ánimo de los muchedumbres. La guerra estaba perdida; no obstante, los principales responsables de la derrota seguían como siempre disfrutando de las ventajas de la posición social, fortuna y respaldo de la clase armada. Generales venidos en la campaña del Chaco, subieron al Gobierno por el camino del golpe de Estado, montando al sollo presidencial como a un caballo de guerra.

Para atenuar la pujanza de la nueva conciencia social surgida en las trincheras, una andanada de leyes "en beneficio de las clases laboriosas" salió del Palacio de Gobierno; generales y coroneles disfrutaban haciendo "socialismo de Estado", unos con tintura paródica a la manera hitleriana, otros con aires de marxismo tomado de los manuales. Este colorido político elaborado con el concurso de la "inteligencia" formada por adictos oligarcas, resentidos sociales y dirigentes obreros anhelaba de adquirir relieve político, quedó suspendido en el aire como las cadaveras de papel pintado que sirven para adornar las chicherías en días de fiesta, cuando los poderosos propietarios de las Grandes Minas de Estación resolvieron en serio retomar las riendas públicas, porque revelaban que, en medio de tanta farsa "socialista" y agitación de masas, ocurría que los

expropiasen las minas como sucedió con los yacimientos de petróleo concedidos a una compañía americana; o que, por último, repartiesen la tierra entre los campesinos, poniendo fin a la emigración de tantos y tan baratos obreros para el subsuelo.

En este tiempo Martiriano Villica conoció en la chichería de doña Encarnación al minero Simón Rojas. Era hombre como de cuarenta años, musculoso y de elevada talla. Sus manos callosas, endurecidas por la barreta, daban una impresión de fuerza y seguridad. Tenía ojos de mirada franca; sin embargo, cuando la embriaguez ponía en ellos su pesado velo, Martiriano sospechaba que las lágrimas podían saltar, inopinadamente, de aquellos ojos, para llorar las terribles penas del minero. Simón Rojas fue labrador en su mocedad; mas también lo sedujo la quimera de las minas. Allí fue para ahorrar dinero destinado a agrandar la extensión de su pedregal; luego pensó que compraría nuevos bueyes y tomaría mujer. Pero las minas lo atraparon. Sólo ahora, cuando ya no era más que un gnomo profesional con pulmones forrados con polvo de estaño y sílica y ojos casi nictópeos para perforar la oscuridad, había retornado para deslumbrarse en el valle nativo. El aire puro lo mareaba como un claro aguardiente, vivía tenso sin causa y a veces se exaltaba al sentirse como extraño entre sus paisanos.

-¡Jajajaj! Esta vida de por aquí no me conviene. Molerse los rifones todo el día para sacar unas cargas de maíz y quedarse, al final, con las puras chilas... ¡Jajajaj! En cambio en las minas hay plata de verdad; la pulpería da de todo... hasta el whisky que toman los gringos podemos beber los mineros. ¡Esa es vida! Meta trabajo toda la semana, meta trago sábado y domingo... y también lunes si sobran billetes...

Simón Rojas venía, como se dice, forrado en plata, y quería disfrutar del valle, volver como antes a sentirse cerca de la hospitalaria ternura de la tierra, gozar del canto de los pájaros, caminar todo el día entre hermosos parajes llenos de árboles, ponerse una flor de AMANCAY en el sombrero y cuando el sol cayese fuerte, detenerse donde el carrizo y la banderita blanca de un "AKJA-PENDON" indicase que hay chicha fresca, quizá picantes, y allí quedar

PRESENCIA LITERARIA

Director. JUAN QUIROS Casilla 1213

La Paz, Bolivia, 33 de Octubre de 1966

Por
NAPOLEON ARCE

A black and white portrait of a middle-aged man with short, dark hair, wearing a dark suit jacket, a white shirt, and a dark tie. He is looking directly at the camera with a neutral expression. The background is a light, textured gray.

Napoleón Arce

A qué mortificarse por las penas
y el pasado inútil evocar?

Cuántas veces la eficción se o
por miedo al "que dirán",
y fingiendo placer y alegría
el dolor pretendese ocultar:
hasta que el débil corazón estalla
entre goces ficticios y CHAMPAN!

Al marido que en público pregona
que en su casa manda él,
es seguro que al volver a casa
le pague su mujer.

Así, todo el mundo en la comedia
preséntase al revés:
seres y cosas no son como se miran
ni cómo deben ser.

En las noches de fiesta o de recibo,
a su mansión magnífica acudía
la flor de la social

Y hoy, sola y sin amparo, por las calles
del sórdido arrebai
en que moran sólo los proscritos
de la opulenta mesa neofeoral,
trémula por el hambre y por el frío
y tocando a las puertas por un pan
por un trapo que su cuerpo abrigue
la triste anciana va
anorando tal vez los días felices
de su florida edad.

(PANAMA, Octubre 1.966).



Por ADOLFO DE MORALES



Don Adolfo de Morales

revelaron y prendieron y en su momento, por consiguiente, en la ciudad de Lima, la casa de Guzmán, contra don Sebastián de Castilla y Lligas de Guzmán que se habían alzado con la tierra y muerto a los militares de 5,400, (1) hasta el almirante de Francisco Hernández Girón en el Cuzco, las el primero que aún andaba por su Majestad y juntado con hombres de su fuerza, el segundo que se había ido a la ciudad de Alvarado el Mariscal Alonso de Alvarado, y habiendo dado la batalla al tirano y quedando vencidos, escapó mal herido el dicho Capitán Gaspi Ruiz, el cual se fue a la ciudad de Lima, y se refugió al campo de los Oidores de Lima y en el alirvís hasta que devastaron y prendieron al dicho tirano en la batalla de Pócora, en todo lo que se refiere a la vida de este tirano, veinticuatro años, pasó de su propio caudal, más de treinta mil pesos como consta por probación de la Real Audiencia de la Lima, su fecha a 22 de Mayo de 1552, en la cual se le dio el señor Licenciado Pedro Ramirez de Quiñones, 121 que pone por testigo de vista de los dichos servicios además de ser público a los señores Virreyes y a todo el reino y en su momento, en la Real Audiencia de la Lima, se le don las mejores tierras de esta Provincia, las que escogiere y solares de esta Villa, aunque es quien del mismo el regidor fundador de la villa de Lima, el cual se había fundado como dicho es, hizo villa a España; con licencia del señor Virrey Marqués de Cañete a traer a la dicha Doña Beatriz de Orellana y Sotomayor, su mujer, y a su hijo, el cual se casó con la dicha Doña Beatriz de Sotomayor, la cual casó con el Capitán Juan de Sanabria, natural de la ciudad de Trujillo en Extremadura, de muchos méritos como nobleza" (2).

Por información, conocemos también la descendencia de la que empero trataremos brevemente más adelante, añadiendo por de pronto a la biografía resumida que acabamos de dar, la siguiente: "El dicho Juan de Sanabria, en su infancia, un día tomado de un expediente de servicios da un cacique indio, donde al prestar coartación e ir respondiendo al interrogatorio, el Capitán Juan de Sanabria, le pregunta a la vez, la raza de su padre y de espíritu al decir superando los prejuicios de raza y de clase dada la mentalidad de la época, de un indio, así fuera cacique, le responde: "Yo soy de la raza de mi padre, que por el mismo sea su mayor alioño,

bias, cómo era la guerra ética de este insigne Capitán zapoteco, la villa de Orellana la vivió y como era y cómo se movía Trujillo la ciudad que él fundó, el mundo entero lo vio. ¿Qué es el Capitán Sanabria? He tenido la suerte de conocerlo personalmente, como no de oídas ni por libros, sino en persona, cuando me fui a vivir a hablar de ellas. Como el origen de los Orellana y por ende del Capitán Garcil Ruiz de Orellana estuvo en Trujillo, seguramente fue una villa fundada por ellos, la villa, de la que eran Señores desde tiempos del Rey San Fernando (siglo XIV); quiere evocar primero a Trujillo, cuna de leyendas llenas de poesía, recogidas ya por los romanos en siglos anteriores a Jesucristo. La furga de los siglos ha borrado un poco la tradición de los moros de la fundación de la diócesis placentina, del Papa Honorio III, y que pasó a denominarse Trujillo, hasta que en 1250, declarada Ciudad al año 1430 por la Majestad de don Juan II, alcanzó su apogeo en el siglo XVI con el nombre de "Ciudad de San Sebastián". El historiador trujillano "La Ciudad de los destinos de América," cuando "sus hijos nacían en Extremadura" al decir de esos dioses que expa-

En un paisaje austero, de amplias horizontes, al borde del desierto de Castilla, alta sobrepuja el macizo Atlatlan, rodeada de rocas hacinadas, que recuerdan los dolmenes agarrados de los celistheros, se halla Trujillo, Emergo de entre ellas, mostrando sus torzoncos feudales y los campanarios de sus iglesias. Ya le sigue el cerro de San Mateo a Trujillo, por el que se caminará, hallándose una legua de "bocarrocales". Su visita, sobre todo el finno, A las afueras se halla el "Rollo", columna de piedra labrada que servía de horca, símbolo de la justicia regia. Después calles nuevas y plazas señoras, donde se halla el templo de Trujillo, por donde se percibe actualidad y no una tumba ni un hueso. Nos adentrarnos por esas calles, que van estrechándose a medida que llegamos a la plaza Mayor, atravesando al barrio del estado llano, con sus conventos e iglesias, para dar a la plaza Mayor, la plaza de la Mayor, la iglesia de San Martín que adorna al lado de piedra a la vera del palacio de los Duques de San Carlos, los Vargas Cervasel, Correo Mayor del Perú y la calle que se empina al barrio

Por FELIPE LOPEZ MENENDEZ

APENAS ALCANZADA LA victoria de Ayacucho del 9 de diciembre de 1824 por el ejército libertador comandado por el general Antonio José de Sucre, con la que se consolidó la independencia del Alto Perú, y llegado el Jefe a La Paz a la cabeza de sus tropas militares, comenzó a adoptar medidas de represión contra los elementos realistas, principalmente contra el clero diocesano, al que consideraba adverso a la causa de la emancipación, como se ve por los hechos en los que se reflejan los atropellos a las inmunidades reales y personales del cuerpo eclesiástico, de los que citamos los más notables y documentados.

1. DONATIVO DEL CLE PARA EL EJERCITO

Poco antes de la llegada del libertador Sucre, uno de los sobresalientes guerrilleros de la campaña de quince años sostenida en el territorio alto peruano, José Miguel Lanza, en su calidad de jefe del distrito de La Paz, impuso al clero, en nota dirigida al cabildo eclesiástico el 31 de enero de 1825, un donativo voluntario para el sostenimiento del ejército; pues "no encuentra el Gobierno otro recurso que invocar el generoso carácter de los Pazeños para que todos y cada uno libremente obrando contribuya con el donativo que sus facultades o su amor a la libertad se lo permita". En cumplimiento de tal imposición, el clero de la diócesis se apresuró a contribuir el 3 de febrero con la suma \$ 10,040, mediante colecta efectuada.

2. SEPARACION DE CURAS REALISTAS

Sucre principió su gobierno por ordenar a la autoridad diocesana la separación de los curatos a los párrocos tilizados de realistas, para sustituirlos con sacerdotes, que se habían notado como adictos a la causa independentista, mediante el orden de 17 de febrero de 1825, dirigida al vicario general José María Mendizábal, en la que le dice: que "la causa de la Patria, y tranquilidad del Estado como la uniformidad de ideas entre los empleados públicos con el Gobierno", exigen la "necesidad que V.S. separe de los curatos a aquellos Eclesiásticos que se hayan hecho notables por su adhesión al Gobierno Español, colocando a los que con virtudes y capacidad sean amigos a la Independencia del país".

En cumplimiento del anterior mandato, el vicario general y el gobernador del departamento Lanza, formaron el 2 de marzo la lista de los curas realistas y de los sacerdotes patriotas. Fueron calificados entre los primeros: Dionisio Silva, cura de Ocobaya; Francisco Suárez, de San Pedro de la ciudad; Pedro Suárez, de Paica; Juan Bautista Portugal, de Calamarca; Juan José Monroy, de Coripata; Manuel Sánchez, de Chupe. En tanto que, notados como patriotas, fueron propuestos para ocupar las parroquias vacantes Gabriel Vicentilli, para el Sagrario de la Catedral; Pedro Canto, para Calacoto; José María Andrade, para Tiahuanacu; Romualdo Usquatano, para Tiqualaca, Bruno Montes de Oca, para Songo; Juan Clemente del Cuadro, para Ocobaya; Domingo Silva, para San Pedro de la ciudad; José María Monje, para Paica; Bernabé Ortiz Palza, para Calamarca; Tomás Castro, para Coripata; José María Barbuti, para Chupe; Andrés Ratón, para San Juan de Juli; José María Cadena, para Piscalto; Manuel Pérez Pacheco, para Guacul.

Por su parte, el jefe del departamento de La Paz, José Miguel Lanza, siguiendo la conducta arbitraria de Sucre, intima el 5 de marzo al vicario general la destitución de los curas de Itaque, José Jurado y de Laja, Esteban Rodríguez, sin otra causal que la sospecha de haber sido simpatizantes del régimen monárquico.

El mismo Lanza manda al cabildo el cambio del párroco de San Pedro de la ciudad, por el mismo motivo político; lo que es obedecido, sin réplica, decretándose en la sesión capitular de 10 de marzo: "Por cuanto el Cura propio de la Parroquia de S. Pedro Suburbios de esta ciudad D.

Francisco Suárez Catacora no se ha ganado la confianza del Gobierno en el nuevo régimen del Estado civil; y por ello haya pedido la coadjutoración al señor General Presidente del Departamento: ¡queriendo Nos dar terminantes pruebas en cuanto con derecho

(Pasa a la pág. 4)

CIUDAD DE LA PAZ



OH LA PAZ, mi ciudad compañera
en el agreste predio de la estirpe
con temura de nieve en tus cumbre
y arrebatos de fuego en tu entraña.

Tus calles suspendidas en empinado aliento
conducen para arriba
el afán del esfuerzo continuo,
y para abajo llevan
la semilla pujante
que germina en capullos de tu regazo en flor.

Desde tu parda Choqueyapu,
sobre un paisaje fracturado
de frío y lluvia,
los días se dispersan en polvo de segundos.

**Preside el Illimani
tus abruptas turgencias masculinas;
y el Altiplano empalma
tu heredad con el Mar.**

Copioso de abalengos de azul el Titicaca
baja el azul del cielo,
destella su pupila de prismas sin acasos;
y en el telar del Inca
que es la meseta andina,
el indio y el mestizo
ponen su fe para tejer ensueños.

Oh La Paz, mi ciudad compañera
del anhelo fragante
con rescaldos de luna para abreviar la escarcha.

Ciudad vital,
promesa de corazón antiguo
junto al sol de la mañana y en la gloria del Ángel,
te quiero

porque nací en tus ríspidos reductos
 y me diste la fibra sin topujos
 de aferrarme al grito de tu libertad;
 y desde el día innumerable
 que amanecí, para medir tus nervios,
 mi corazón es clima de intemperie
 sobre la curva de tus cerros;
 y en tu campiña vertebrada
 Río Abajo,
 se desposó mi adolescencia
 con los senos en fronda de tus valles.

Yo soy tu sangre,
soy tu conducta mecerada
en el viento que sopla
talando tus nevados.

La vida me cruzó rudos quebrantos
pero mis pies calaron
sobre el estribo de tus galeones.

Hay, en mi otoño,
con un candor de infancia
veo venir la brisa de tu porvenir,
y para que el Destino se engarce en tu Realza
yo te encomiendo siempre
seas constante
con Dios y con Murillo.

Por ADAN SARDON ZARAUZ

DÍAZ MACHICAO: YO NO CREO QUE MI TAREA SEA PECADO CESPEDES: HAY UNA ESPECIE DE PURGATORIO

Por OSCAR RIVERA-RODAS



Porfirio Díaz Machicao

tores. El teatro tendrá su tablado de problemática humana, en avance y audacia. Que todos trabajen con amor. Es lo que esperamos...

AUGUSTO.- Veo una alarmante campaña de restauración de conceptos y valores inactuales, cuya caducidad había sido decretada por su propio anacronismo en lo político, y su mediocridad y falsedad en lo literario. Paralela a ésta brota una filosofía del "desarrollismo" con su particular estilo retórico, invertido y sensacionalista. Ambas campañas, reaccionaria una y futurista la otra, responden a la estrategia de inversiones de la empresa privada extranjera, que se abre campo sobre el anquilamiento o la suplantación del seno nacional. No se debe desconocer que aparecen también, en los sectores literarios, artísticos, técnicos y políticos promociones de indudable surgencia bolivianista cuyas arterias rechazan las inyecciones de colonialismo.

—¿Qué novelista boliviano contemporáneo le satisface mejor? ¿Por qué? PORFIRIO.- No está ganado aún el cetro que detenta Adolfo Costa Du Rels. Sigue en vigencia Jaime Mendoza. "Raza de Bronce" es indeclinable... ¿Por qué? Bueno: por una sencilla razón: la calidad aprisiona al tiempo. Lo bueno siempre busca pereñidad. No, no busca pereñidad. Ingresó en ella... AUGUSTO.- Siendo yo medio novelista y, por otra parte, no siendo crítico, me excuso de dar opinión sobre otros novelistas bolivianos.

tema ancestral del hombre, sin tiempo y sin fronteras. En ello ya van los novelistas chilenos. Están en las confrontaciones del hombre. Me agrada y me llaman la atención.

AUGUSTO.- Le repito mi anterior respuesta.

CRISIS DE 1952

—¿Cómo ve usted la literatura nacional surgida tras la crisis provocada por la revolución de 1952?

PORFIRIO.- Después de 1952, parece que sobrevino a Bolivia el hábito de la muerte y de la tragedia. Una barbarie desbordante modificó el almanaque. Ese tiempo no se juzga en literatura sino en historia. Prefiero que no me lo insiníe...

AUGUSTO.- Por su misma intensidad y profundidad, la Revolución Nacional no podía aflorar con expresiones literarias acabadas. Los libros y folletos que inspiró son parte de la acción, no son su síntesis.

—Dentro de las publicaciones aparecidas en los dos últimos años, hay una serie de obras que se refieren a destierros, campos de concentración y otras situaciones similares bajo el régimen del gobierno anterior. ¿Cuál es su opinión sobre estos libros?

PORFIRIO.- La literatura de protesta y de documentación es digna de tenerse en cuenta porque es la testificación de malos tiempos. El mejor de esos libros, indiscutiblemente, por el tono mayor del relato y por su moro-



Augusto Céspedes

HEMOS CONVERSADO con Porfirio Díaz Machicao y Augusto Céspedes. A Porfirio, paucible y sonriente, le encontramos trabajando en la Dirección de la Biblioteca Central universitaria. Augusto, apurado y receloso, recibió nuestra sorpresa visita en su casa.

Augusto Céspedes, nacido en Cochabamba, vive en La Paz desde su adolescencia. Autor de "Sangre de Mestizo", relatos de la guerra del Chaco; "Metal del Diablo", la vida del Rey del Establo; "El Dictador Suicida", cuarenta años de historia; anuncia ahora "El Presidente Colgado", vida de Villarroel. Tiene también varios folletos. Fue diputado por Cochabamba, por Catavi y Llaallagua y por La Paz. Premio Nacional de Literatura.

Más de treinta títulos tendríamos que citar para referirnos a la producción literaria de Porfirio Díaz Machicao, que ostenta, entre otros reconocimientos, la Condecoración del Cóndor de Los Andes. "Estoy enredado al quehacer cultural de mi patria. Y pongo en ello alegría y decisión. Ahora entregaré, al Rector de la Universidad y al público, el Museo "Franz Tamayo". Es una joya. Si usted lo duda, tráigase al fotógrafo por estos alrededores de la Biblioteca Central", nos dice el escritor. Luego añade: "Aquí quedará por siempre -para ejemplo- la obra de Franz Tamayo, en un recinto de veneración, de cordialidad humana. En esto también puso mi euforia impenitente: trabajar, hacer, escribir, publicar". Y con la seriedad que le caracteriza, agrega: "Ya llegará el tiempo amable de morir...". Porfirio Díaz Machicao es Director de la Academia Boliviana de la Lengua correspondiente de la Real Academia Española, ocupó el mismo cargo en la Academia Boliviana de la Historia. También dirige la Biblioteca Central de la Universidad Mayor de San Andrés. Refiriéndose a esta última actividad, en cierta ocasión, Rafael Ballivián dijo a Porfirio: "Te encuentras como pez en el agua". "No", respondió éste. Como caballo en el pasto".

NUEVAS OBRAS

—¿Qué escribe actualmente? ¿Dentro de su obra a qué aspectos otorga mayor atención?

PORFIRIO.- Después del primer tomo de "Prosa y Verso de Bolivia", me hallo empujando el segundo, pues la antología consta de cuatro tomos, todos

ellos en las prensas. He concluido otro libro: "Antología de la oratoria boliviana". Los editores han adquirido mis originales y no queda, detrás de ellos, sino su próxima aparición. Con este ruedo de antologías bolivianas -que completaré con la del teatro boliviano- creo haber dado al país un aporte útil y necesario. Mi vida, como usted ve, es una entrega total a la tarea literaria. Hay quienes se sienten molestados por el caudal de mi producción y yo digo: «Se habrán molestado en España con don Ramón Menéndez y Pidal, mi grande amigo, o con Arturo Capdevila, el argentino, por la vasta producción de sus obras? Yo no creo que mi tarea sea pecado. Más tarde lo reconocerán... Después de mi próximo libro "Cauce de palabras", dedicaré todo mi anhelo a escribir cuentos y más cuentos. ¿No dijeron acaso los críticos que es éste lo único que debía crear? Pues lo haré.

AUGUSTO.- Tengo unos cuentos, todavía en etapa de subdesarrollo. Pero, antes, me anuncian de Buenos Aires que ya está impresa mi obra "El Presidente Colgado". Es la historia de las presiones del imperialismo contra el nacionalismo boliviano durante la Segunda Guerra Mundial, conflicto que aquí resolví haciendo colgar al Presidente Villarroel. Es una época tempestuosa, llena de acontecimientos trágicos que permiten analizar e identificar el arsenal de la animación, sus intereses económicos y su aparato cultural. He elegido este género histórico, antes que el de la novela, para dar una interpretación nacionalista de nuestra historia que, a mi juicio, es necesaria para la nueva generación.

—MAGNÍFICO
—ALARMANTE

—¿Qué concepto le merece el actual momento cultural del país?

PORFIRIO.- Este momento cultural de Bolivia es magnífico. Soy de los que ven con honda simpatía las nuevas auroras y sus jóvenes héroes. La poesía tiene su deslumbramiento con Pedro Simón, con la voz grave y recogida -en confidencia- de Julio de la Veza. Hay muchos otros nombres, como el de usted, amigo mío, que serán seriamente inscritos en la historia literaria del país. La prosa logrará evidenciar sus grandes escri-



Céspedes ante su retrato pintado por Cecilio Guzmán de Rojas.

—¿Qué opina de la novelística boliviana de nuestros días?

PORFIRIO.- La novela en América tiene que ingresar a una nueva faz de creación. Creo que ha pasado el momento del nativismo y del folclorismo. Su muestrario está agotado y estupidamente logrado: Eustasio Rivera, Rómulo Gallegos, Alcides Argüedea, Carlos Rylea. Ahora el "paisajismo" localista tendrá que abrirle paso al

idad consciente -es el de Fernando Loayza Beltrán. Ese libro -en el futuro- será hermano de "Las Matanzas de Yáñez" de Gabriel René Moreno. Y esos libros, amigo mío, no le piden a uno opinión sino que se imponen en el ánimo por el trasunto doloroso que llevan en sí.

AUGUSTO.- Las publicaciones alrededor de campos de concentración y otros hechos, constituyen denuncias y testimonios sobre el reverso policial del movimiento popular, pero no son obras de arte y, por lo tanto, no pueden ser apreciadas a través de un juicio estético.

LABOR DEL NOVELISTA

—¿Cómo entiende usted la labor del novelista?

PORFIRIO.- La labor del novelista boliviano es de enfrentamiento con el destino, creación apasionada del motivo, interpretación y adivinación del ser nacional. La novela que hable de nosotros mismos -en los tiempos que nos ha tocado vivir- tiene que ser extraordinaria, trágica y brillante. Bolivia es una novela latente.

AUGUSTO.- Eso sí que es serio. Entiendo al novelista como el intérprete que aspira a descifrar el misterio de lo que pasa; el escritor que supera su soledad para confundirse con la sociedad y hacer sobrevivir hechos o cosas que sin la novela desaparecerían en silencio. Ser novelista implica, desde luego, ser buen novelista. De otro modo, él también pasa y desaparece. Aliviando mi respuesta y hablando de la novela boliviana, diré que la historia de este país ofrece riquísimo argumento dentro de los que el novelista podría insuñarse. Pero ocurre que nuestros escritores se limitaron, generalmente, a transcribir hechos o costumbres, a convertir a sus persona-

jes en GRABADORAS de sus discursos almacenados y a crear un protagonista (que es la imagen del propio autor), siempre caballeroso, inteligente, incomprometido por el medio, noble, valiente, enemigo de los chochos y paternal con los indios y, además, democrata y progresista.

—En qué situación general se encuentra el escritor boliviano actualmente? ¿Con qué obstáculos tropieza su obra?

PORFIRIO.- El escritor mejora, en relación con otros tiempos. Ahora ya existen intereses editoriales que pueden beneficiarlo. Hay en Bolivia editores que pagan la obra y que pueden ahorrarle ese "imposible" al escritor. Hacen libros. Merecen el estímulo del público. Porque es verdad que, si el público lee y compra para leer, se habrá logrado un asentamiento económico de mutuos servicios: escribi-

re si compra lo que lee. Escribiré para vivir. Podré ser un escritor con público y renta... En cuanto a los obstáculos, no los hay... El escritor escribe si es tal...

AUGUSTO.- A juzgar por la inusitada actividad editorial de este último tiempo, parece que hay mucho estímulo para escritores. Pero sólo para los de determinada tendencia. Esta discriminación actúa también desde el sector del comentario crítico. Sin objetar que haya sectarismos en los juicios, creo que ese sectarismo, en lugar de hacerse el mudo en ciertos casos, debería empeñarse agresivamente. Pero los diarios prefieren callar cuando la posición política de un autor no les agrada. Hay una especie de purgatorio en el que -reconozco- PRESENCIA me ha concedido a veces algunos días de indulgencia.

Una estabilización impositiva

Por BERNARDO BLANCO GONZALEZ

NO HAY HISTORIA DE ESPAÑA en la que no se elame contra las alcabalas. Las alcabalas han sido la ruina de la economía española; estas historias repiten las quejas de los contemporáneos. Estas son muy comprensibles, a nadie le gusta pagar impuestos. Pero veamos esto de las alcabalas desde otro punto de vista; es decir, desde el punto de vista de la necesidad de organizar una administración nacional. Y bien, en el Estado español moderno, sin alcabalas no hubiera habido administración nacional, en suma, no hubiera habido ni gobierno ni país.

La alcabala es un impuesto indirecto, o sea, un impuesto sobre el consumo. Su origen como impuesto local municipal y de la zona musulmana no se conoce. Su generalización como impuesto nacional tiene fecha cierta: 1341, gobierno de Alfonso XI y para atender las urgencias del sitio de Algeciras; no hay mención de alcabalas en las Cortes de Burgos de 1339 y de Madrid de 1339, a pesar de que la materia financiera y presupuestaria se discute ampliamente en ellas. En las Cortes de Burgos de 1345 se expresa en la petición 15:

"Otrosí por queros dichos señores e rricos omes e procuradores de las ciudades e villas e logares que estauan aquí enel dicho ayuntamiento nos otorgaron la alcabala por seys años, entendiendo que esto era lo con que nos podían servir para la costa que auemos afazer e a mantener a Algezire e a los otros castiellos fronteros..." (CORTES, I, 482 y 483, Alcalá de Henares 1345).

Concedida desde 1342, vencía en 1348. Se pide su renovación en 1349, y contra ella protestan, ya en 1345, los mercaderes:

"A lo que nos pidieron merced por rrazon queros mercaderes del nuestro señorio pagan las alcualas e los diezmos ellos portadgos e se sienten mucho e los nias dellos quieren dexar la mercederia porque non se pueden mantener..." (CORTES, I, 484, pet. 2, Burgos 1345).

Su monto fue del 20% al comienzo y luego del 10%, volviendo ocasionalmente al 20% en algunos casos (Garibay, COMPENDIO HISTORIAL DE ESPAÑA, XIV, 17).

¿Qué representa este impuesto desde el punto de vista de la transformación política y social de la Corona de Castilla? Este impuesto significa que la Corona recibe su dinero (el dinero que necesita prácticamente casi para todo, desde la "lista civil" -presupuesto para la vida del rey y de su familia- para la administración y, a veces, para la guerra) del comercio. Las dos fuentes de recursos de la monarquía, desde el siglo XIV, han sido las "alcabalas y tercias eclesiásticas" o "reales" por una parte, los "servicios o monedas" (contribución por cabeza de familia) por la otra. Ahora bien, en última instancia, yo dependo de quien me da el dinero; la monarquía dependía de quienes le daban el dinero (el cobro compulsivo y arbitrario era absolutamente imposible, hubiera llevado a un levantamiento del pueblo). Y he aquí como por qué camino el sistema gubernativo español, y en las dos Coronas, porque en Aragón sucedió lo mismo y los aragoneses fueron siempre mucho menos generosos, fue en realidad una democracia de constitución no escrita, pero no menos firme y segura, si no más firme, que la tan mentada constitucionalidad inglesa de hecho y su no menos recordada Carta Magna.

El sistema español era muy sencillo: la Corona no puede gobernar sin dinero y este dinero proviene, ya lo indiqué, de dos fuentes populares ("alcabalas y tercias" y "servicios o monedas"); estos impuestos y su cobranza se votan a corto plazo, sólo por tres años, y los votan las Cortes; a los tres años, o hay nuevas Cortes, o no hay recursos. En esas Cortes, los procuradores del tercer estado, el "estado llano" (los "labradores" en la terminología de LAS PARTIDAS), votaban los nuevos impuestos (como hoy día se vota en la Cámara de Diputados). La nobleza y la Iglesia sólo intervenían cuando ellas debían pagarlos también. Dichos procuradores, representantes del pueblo, traían sus "cuadernos de peticiones" (discutidos previamente en los ayuntamientos de las ciudades); queríamos esto, y esto, y esto. Se discutía y se aprobaba (o no). Como se ve, es un procedimiento de "daca y toma" y que funcionó perfectamente. La Corona no cumplía muchas veces sus promesas. No importaba, los procuradores volvían a insistir en las Cortes próximas, y con más urgencia, y



Museo "Franz Tamayo" en la Biblioteca de la UMSA, y su organizador Porfirio Díaz Machicao.

